

Miguel de Althaus

Trabajo presentado con ocasión del Ciclo de Conferencias que esta Universidad organizó como homenaje a la Encíclica "Mater et Magistra"

Según las palabras de Su Santidad Juan XXIII en su última Encíclica "Mater et Magistra", el problema que tal vez mayores proporciones alcanza en la época moderna es el de las relaciones entre las Comunidades Políticas económicamente desarrolladas y las que están en vías de desarrollo económico. Todo observador de hechos sociales puede constatar la enorme diferencia existente en todo orden entre las naciones desarrolladas y las que no lo están. La extraordinaria riqueza y prosperidad de Norteamérica y Europa, incluyendo a Rusia, contrasta en modo impresionante con la pobreza, el desorden social y político de los países llamados sub-desarrollados. Es pavoroso comprobar que en el siglo XX, que tanto se precia por los avances del hombre en todos los campos incluyendo al espacio sideral, el 90% de la humanidad viva en estado de sub-desarrollo, sin poder satisfacer plenamente sus necesidades vitales, y que una minoría de la población mundial produzca y consuma alrededor del 80% de las riquezas del orbe.

Entre los países comprendidos bajo la denominación de naciones subdesarrolladas, los hay en distinto grado de subdesarrollo. Desde el país de economía tribal hasta aquel de economía capitalista, desde el que tiene una cama por cada 300 habitantes, hasta el que tiene una cama por cada cincuenta mil.

Como regla general podemos decir que país sub-desarrollado es aquel cuyas estructuras económicas y sociales no están en capacidad para satisfacer las necesidades básicas de sus habitantes. Si aplicamos esta definición un poco arbitrariamente al cuadro histórico que presentaba el mundo hace 300 años veremos que todo el orbe estaba en estado de lo que hoy llamamos subdesarrollo. Las desigualdades sociales estaban generalizadas, existía el hambre y la pobreza por doquier, el hombre no dominaba las enfermedades, baste recordar las pestes que asolaban a Europa de tiempo en tiempo.

*Revisión de
20/7/63
se 20/7/63*

Con el advenimiento de la técnica moderna y el progreso de las ciencias a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, va a comenzar a perfilarse la diferencia entre las naciones desarrolladas y las subdesarrolladas. Muchos países de Europa, y luego los Estados Unidos, se convierten en comunidades industrializadas, desarrolladas y en el siglo XX llegan a poder satisfacer plenamente -ésto por primera vez en la historia de la humanidad- las necesidades primordiales de la población y muchas de las no primordiales también.

Impulsó este desarrollo el capitalismo liberal europeo y más tarde el americano, los cuales ^{VIERON} ~~vinieron~~ como una condición para su expansión económica, la hegemonía mundial de Europa y los Estados Unidos respectivamente, en el campo económico e inclusive aveces en el campo político.

Surge entonces el Colonialismo Europeo del siglo XIX, Europa coloniza al Africa y parte de Asia con fines principalmente comerciales y mercantilistas. Las distintas regiones colonizadas eran a la vez fuentes de materias primas y mercado para productos manufacturados de la metrópoli.

Coronaban a esta motivación económica, motivaciones políticas de prestigio nacional, de poder y una concepción sui-generis del hombre. Al respecto, el notable político africano Mamadou Dya dice en su obra "Reflexiones Sobre la Economía de Africa Negra", lo siguiente:

"Hay que recordar que para esta Europa antropocéntrica del siglo XIX para la cual no había otras civilizaciones que la suya, el Africa tan lejana y extraña no podía tener otro valor que el de un apéndice, a la vez que los pueblos negros no representaban más que un valor relativo de humanidad... Como en Grecia, no se concibe fuera de los límites de Europa, una verdadera humanidad digna de ese nombre... es decir, más allá del espíritu de ganancias existe toda una filosofía que encarna la economía del pacto colonial, filosofía en cuya base se encuentra la vieja concepción asimiladora de Europa que solo reconoce la plenitud de lo humano en el hombre europeo".

Los frutos de esa situación los estamos viendo en la actualidad, a raíz de la independencia política de las diversas comunidades africanas que se caracterizan casi todas por su carencia casi absoluta de cuadros profesionales, de élites nacionales formadas, y que sufren de la coexistencia de economías tribales con economías modernas. El ejemplo del Congo Belga exige de mayores comentarios.

Imperialismo Británico e Imperialismo Norteamericano.--

El apogeo político y económico del imperio británico llega a su cumbre paralelamente al apogeo de la burguesía capitalista de Inglaterra. Londres se convierte en el centro económico y financiero del mundo, en el "Centro de la liquidez" ; no hay producto que no se pueda negociar en dicha metrópoli. La prosperidad británica está basada en el comercio mundial caracterizado por el intercambio de materias primas de las colonias por productos industriales europeos, especialmente ingleses. La teoría liberal de la división internacional del trabajo marca esta época de las relaciones comerciales entre las naciones poderosas y las regiones no desarrolladas, las cuales por esta teoría que daban condenadas a una eterna condición de importadores de productos manufacturados y de productores de materias primas. No importaba -más bien no interesaba- modificar esta situación.

Decía el economista inglés Stanley Jevons lo siguiente en 1866:

"Actualmente las cinco partes del mundo son nuestras tributarias voluntarias . Las llanuras de América del Norte y de Rusia: he allí nuestros campos de trigo. Chicago y Odessa son nuestros graneros, el Canadá y los países Bálticos, nuestros bosques, Australia mantiene nuestros rebaños de ovejas, América nuestro ganado vacuno. El Perú nos envía su plata, California y Australia su oro. Los chinos cultivan té para nosotros y las Indias Orientales mandan a nuestras costas café, azúcar y especias. Francia y España son nuestros viñedos; el Mediterráneo nuestro vergel, y el algodón lo conseguimos de los Estados Unidos como de otros lugares del mundo".

Poco menos de cien años después, el Presidente Eisenhower pronuncia una frase muy similar a la cita anterior en un discurso al Congreso de los Estados Unidos, frase que revela un objetivo claro; dice así:

"...buscamos el aprovisionamiento por el resto del mundo, en justa compensación por los productos que le proveemos, de cantidades de materias primas importantes de las cuales no disponemos en cantidades suficientes"

Generalizando un poco puede decirse que un doble interés ha presidido hasta hoy las relaciones de los Estados Unidos de América con países subdesarrollados:

(1º) Interés Económico: el suministro de materias primas o estratégicas, unido a la protección de las empresas privadas americanas y sus intereses en el exterior.

(2º) Interés Ideológico: Durante la Segunda Guerra Mundial la

lucha contra las ideologías e influencias del Eje, y desde el final de la Guerra hasta hoy, la lucha contra la infiltración comunista y contra la hegemonía de la Unión Soviética y la China.

Por ello cabe afirmar como lo hace el Padre Le-
bret, que:

"Los pueblos asistidos por los Estados Unidos no tardan en darse cuenta que ellos no interesan en sí mismos, sino en función de los objetivos ame-ricanos de instalación de bases estratégicas, de apoyo al ejercito anti-comunista, de materias primas ocnergéticas necesarias a la industria de los Estados Unidos o a la obtención de dividendos substanciales".

El por qué los norteamericanos no son queridos en ninguna parte del mundo, ni en la Europa que generosamente salvaron de las ruinas de una guerra, está expresado elocuentemente en la frase que sigue, frase dirigida a un experto americano por una personalidad oficial de un país asiático beneficiario del Punto IV: "Hemos pedido a Uds. esperanza, comprensión y amor; y Uds. nos dan dinero y tecnología. ¿Son estas las cosas que hacen la grandeza de nuestro país?"

Todo esto nos demuestra elocuentemente la incapacidad del capitalismo y de todo imperialismo para solucionar los problemas cada vez más grandes de las comunidades en vías de desarrollo.

Si bien es verdad que el capitalismo puede lograr y de hecho logra un cierto grado de desarrollo económico, y a veces indirectamente, de desarrollo social, no es menos cierto que ignora algunas de las dimensiones fundamentales de la persona humana, y en el caso de los países sub-desarrollados ahonda las crisis sociales de éstos, al romper estructuras tradicionales y no reemplazarlas por estructuras adecuadas.

Solo últimamente los Estados Unidos parecen darse cuenta del estado de cosas cada vez peor a que lleva su tra-dicional política internacional. Es absolutamente indispensable que las relaciones entre los Estados Unidos y los países sub-desarrollados se lleven a cabo sobre nuevas bases.

A este respecto es preciso recordar las palabras del soberano pontífice en "Madre y Maestra":

"Pero la tentación mayor que puede hacer presa en las comunidades políticas económicamente desarrolladas es la de aprovecharse de su cooperación técnico-financiera para influir en la situación

política de las comunidades en fase de desarrollo económico a fin de llevar a cabo planes de predominio mundial. Donde esto se verifique, se debe declarar explícitamente que en tal caso se trata de una nueva forma de colonialismo que por muy habilmente que se disfrace, no por esto sería menos dominadora que la antigua forma de colonialismo de la cual muchos pueblos han salido recientemente; nueva forma de colonialismo que influirá negativamente en las relaciones internacionales, al constituir una amenaza y un peligro para la paz mundial".

El Marxismo frente a los países subdesarrollados.-

El marxismo es particularmente atrayente para los países subdesarrollados, constituye un ideal extraordinario para ellos porque pretende ser una solución completa y global de los problemas sociales y económicos del hombre.

La existencia generalizada en dichos países, de minorías privilegiadas de tipo feudal o de tipo capitalista que utilizan el dinero, la concentración extrema de la propiedad privada y el trabajo humano como instrumentos de explotación del hombre por el hombre, no parecería más que confirmar la concepción marxista del hombre intrínsecamente alienado económica y políticamente.

La lucha de clases tiene un enorme significado en una comunidad en que las diferencias de clases sociales son abismales.

A este respecto dice el P. Lebret:

"Al descontento de la sociedad, el marxismo trae una perspectiva de revuelta; al deprimido, una esperanza de días mejores; al oprimido, una capacidad de resistencia; al aislado, la fuerza del proletariado salvador de la humanidad, al hombre sin cultura una filosofía de la historia y un sistema económico y sociológico; al líder nato, un leitmotiv de cristalinización de grupo; al ambicioso, una posibilidad de surgir apoyándose en las masas por organizar".

Por otra parte, Rusia y China demuestran al mundo la capacidad de desarrollo vertiginoso a que pueden llegar países atrasados bajo un régimen colectivista. Estos casos demuestran al mundo subdesarrollado que es posible que un desarrollo cuyo motor sea la sociedad; el Estado y no el afán individual de lucro y el incentivo de la ganancia.

Pero en realidad la debilidad insalvable del Marxismo y sus manifestaciones, es su concepción del hombre. Niega toda la dimensión espiritual del hombre al negar la capacidad del espíritu para trascenderse y al postular que el espíritu no es más

que una manifestación superior de la materia. El materialismo histórico encuadra al hombre en un determinismo verdaderamente inhumano y desenboca en el paraíso del proletariado, la gran utopía marxista.

Como consecuencia lógica el socialismo marxista busca la satisfacción de las necesidades materiales del hombre dentro de una organización social aparentemente sin clases, pero intrínsecamente ignora de plano las necesidades espirituales y religiosas del hombre por no tener una verdadera concepción de la persona humana.

Si bien un país puede liberarse del subdesarrollo bajo un régimen marxista, no llegará nunca a realizar un desarrollo integral, ya no solo económico y social.

Los regímenes colectivistas de hoy, no solo impiden la satisfacción de las necesidades espirituales y religiosas del ser humano, sino que "masifican", por decirlo así, al hombre, al imponerle rígidos moldes de consumo.

Es importante recalcar que la organización social en los países comunistas, no corresponde a una inserción racional del hombre en la vida social, sino que constituye una imposición violenta desde arriba, que contrapone abiertamente los derechos personales a la realización de las metas sociales.

Cabe agregar que el sojuzgamiento de los países satélites por Rusia constituye el imperialismo más terrible que se conoce y resulta una consecuencia natural de la Dictadura del Proletariado.

¿Qué cabría pensar, qué planteamientos cabría exponer ante la visión de un mundo en que los países ricos se vuelven más ricos, y los países pobres más pobres; en que la miseria está cada vez más difundida, en que un capitalismo mundial está incapacitado para hacer un mundo mejor, en que un materialismo comunista trata de lograrlo, pero logra un mundo inaceptable para el ser humano?

¿Qué decir de una vida internacional caracterizada por la desconfianza mutua, por la guerra fría, por relaciones interesadas, llenas de segundas intenciones?

En verdad el problema es sumamente complejo y aparentemente insoluble. Por eso habría que intentar replantear

los términos. No puede pensarse que la solución está en una morigeración de los males actuales, en un paliativo.

Es necesario antes que todo, partir de una concepción de la persona humana. "El hombre, dice Pio XII, está lejos de ser el objeto o un elemento pasivo en la vida económica y social, al contrario debe ser su sujeto, fundamento y fin".

Pero justamente para llegar a esa conclusión no puede inferirse la naturaleza del hombre de los hechos económicos y sociales. La afirmación de lo que es el hombre precede y debe preceder al examen de los hechos económicos y sociales, por eso no debe caerse en el error de los que afirman que la acción del hombre no constituye más que una dominación práctica del hombre sobre la naturaleza y que dicha dominación tiene lugar en una dinámica interior de la naturaleza misma que el hombre domina para ser a su vez dominado por ella. Lo cierto es que, consciente y libre, la acción del hombre rebaza siempre los resultados materiales que constituye la naturaleza humanizada. En ellos el hombre no encuentra por completo la universalidad ni el absoluto a que apunta el acto por el cual humaniza la naturaleza. Por eso la vida del hombre requiere una plenitud trascendental, espiritual, religiosa. En esta plenitud basada en la trascendencia del espíritu, se asienta la dignidad humana. Y la sociedad debe proporcionar a cada persona la posibilidad de realizarse plenamente como tal.

Vemos como el marxismo niega al hombre dicha posibilidad de realización plena, como el capitalismo como sistema la frustra o la dificulta y como en los países subdesarrollados el hombre ni siquiera ha dominado debidamente la naturaleza, ni la sociedad está en capacidad para vivir de acuerdo a esa dignidad.

Entonces, lo que el hombre requiere es un esfuerzo mucho mayor, en realidad, ^{UNA NUEVA} nuestra civilización, una civilización que permita en cada país la valorización humana de cada uno de sus miembros, una civilización en la que todos los hombres se realicen como personas humanas y puedan para ello satisfacer sus necesidades materiales y espirituales en orden a ese fin y dentro de una verdadera jerarquía de valores.

El camino para que las naciones sub-desarrolladas lleguen a plasmar (conjuntamente con los países desarrollados) esta nueva civilización, es el camino del desarrollo integral, ~~no~~ el desarrollo estrictamente económico o estrictamente económico-social que están ya englobados dentro del concepto de desarrollo integral, el cual viene a ser un crecimiento continuo y armonioso

en función de la valorización humana.

No se trata de que todos los seres humanos alcancen ingresos astronómicos, ni niveles de vida norteamericanos. Esto no sería deseable ni posible. Lo importante no es tener más si no ser más.

Un desarrollo humano, social y económico para lograr esa civilización humana, para todos los hombres, de por sí requiere de la solidaridad humana en todos los planos, y en forma muy especial en el aspecto internacional.

"Las comunidades, dice el Romano Pontífice, separadamente y con sus solas fuerzas, ya no tienen la posibilidad de resolver adecuadamente sus mayores problemas en el ámbito propio; aunque se trate de comunidades que sobresalen por el elevado grado y difusión de su cultura, por el número y actividad de los ciudadanos, por la eficiencia de sus sistemas económicos y riquezas de su territorio. Las comunidades políticas se condicionan mutuamente y se puede afirmar que cada una logra su propósito contribuyendo al desarrollo de las demás. Por lo cual se impone la inteligencia y colaboración mutua".

La solidaridad, pues, no es un concepto vacío o utópico, corresponde a las exigencias del mundo moderno en que los hombres están muy vinculados -cosa que no sucedía antes- por las comunicaciones rápidas, la técnica y las relaciones culturales y comerciales.

Falta en sumo grado una solidaridad, no de índole puramente formal, sino una solidaridad real, basada en la verdadera igualdad de todos los hombres y en su dignidad. Viene a corresponder plenamente al ideal cristiano de amor al prójimo.

Pero cuán lejos parecemos estar de la realización de este ideal. Sigue habiendo miseria, pueblos esclavizados y dos bloques mundiales en pugna. Sin embargo, creemos en la posibilidad de mejoramiento y avance de la humanidad. Diremos ~~como~~^{con} el Papa Juan XXIII, que:

"al mismo tiempo los seres humanos van tomando conciencia cada vez más clara de los derechos inviolables y universales de la persona, y se hace en los mismos más viva la aspiración de estrechar relaciones más justas y más humanas. Son todos estos motivos los que contribuyen a que los hombres se den más cuenta de sus limitaciones, y a que reflorezca en ellos el anhelo de los valores del espíritu. Y esto no puede ser menos que presagio de sinceras inteligencias y fecundas colaboraciones!"